



V. I. Lenin

El programa militar de la revolución proletaria

Ediciones ★
Octubre
Partido Comunista de España (marxista-leninista)



V. I. Lenin

El programa militar de la revolución proletaria

**Ediciones ★
Octubre**
Partido Comunista de España (marxista-leninista)

Nota sobre la conversión a libro digital para facilitar su estudio. En el lateral de la izquierda aparecerán los números de las páginas que se corresponde con las del libro original. El corte de página no es exacto, porque no hemos querido cortar ni palabras ni frases, es simplemente una referencia.

*OBRAS COMPLETAS tomo XXIV,
págs. 81-93 editorial AKAL.*

Ediciones ★
Octubre
Partido Comunista de España (marxista-leninista)

Maquetado por el equipo del
Comité de Redacción del
Partido Comunista de España
(marxista-leninista)

EL PROGRAMA MILITAR DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA.

Entre los socialdemócratas revolucionarios de Holanda, Escandinavia y Suiza, que luchan contra esa mentira socialchovinista de la “defensa de la patria” en la actual guerra imperialista, suenan voces a favor de la sustitución del antiguo punto del programa mínimo socialdemócrata: “milicia” o “armamento del pueblo”, por uno nuevo: “desarme”. *Jugend-Internationale*¹ ha abierto una discusión sobre este problema, y en su número 3 ha publicado un editorial a favor del desarme. En las últimas tesis de R. Grimm encontramos también, por desgracia, concesiones a la idea del “desarme”. Se ha abierto una discusión en las revistas *Neues Leben*² y *Vorbote*.

Examinemos la posición de los defensores del desarme.

I

Como argumento fundamental se aduce que la reivindicación del desarme es la expresión más franca, decidida y consecuente de la lucha contra todo militarismo y contra toda guerra.

82

Pero precisamente en este argumento fundamental reside la equivocación fundamental de los partidarios del desarme. Los socialistas, si no dejan de serlo, no pueden estar contra toda guerra.

En primer lugar, los socialistas nunca han sido ni podrán ser enemigos de las guerras revolucionarias. La burguesía de las “grandes” potencias imperialistas es hoy reaccionaria de pies a cabeza, y nosotros reconocemos que la guerra que ahora hace *esa* burguesía es una guerra reaccionaria, esclavista y criminal. Pero, ¿qué podría decirse de una guerra *contra* esa burguesía, de una guerra, por ejemplo, de los pueblos que esa burguesía oprime y que de ella dependen, o de los pueblos coloniales por su liberación? En el 5º punto de las tesis del grupo La Internacional leemos: “En la época de este imperialismo desenfrenado ya no puede haber guerras nacionales de ninguna clase”, afirmación evidentemente errónea.

La historia del siglo XX, el siglo del “imperialismo desenfrenado”, está llena de guerras coloniales. Pero lo que nosotros, los europeos, opresores imperialistas de la mayoría de los pueblos del mundo, con el repugnante chovinismo europeo que nos es propio, llamamos “guerras coloniales”, son a menudo guerras nacionales o insurrecciones nacionales de esos pueblos oprimidos. Una de las propiedades más esenciales del imperialismo consiste, precisamente, en que acelera el desarrollo del capitalismo en los países más atrasados, ampliando y redoblando así la lucha contra la opresión

¹ 55 "Jugend-Internationale" ("La Internacional de la Juventud"): órgano de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud, adherida a la izquierda de Zimmerwald; apareció de septiembre de 1915 a mayo de 1918 en Zúrich, dirigido por G. Münzenberg

² "Neues Leben" ("Vida Nueva"): revista mensual, órgano del Partido Socialdemócrata Suizo; se organizó y publicó en Berna desde enero de 1915 hasta diciembre de 1917. La revista sostenía los puntos de vista de los zimmerwaldianos de derecha; a partir de 1917 adoptó una posición socialchovinista.

nacional. Esto es un hecho. Y de él se deduce inevitablemente que, en muchos casos, el imperialismo tiene que engendrar guerras nacionales. *Junius* que en un folleto suyo defiende las “tesis” arriba mencionadas, dice que en la época imperialista toda guerra nacional contra una de las grandes potencias imperialistas conduce a la intervención de otra gran potencia, también imperialista, que compite con la primera, y que, de este modo, toda guerra nacional se convierte en guerra imperialista. Mas también este argumento es falso. Eso *puede* suceder, pero no siempre sucede así. Muchas guerras coloniales, entre 1900 y 1914, han seguido otro camino. Y sería sencillamente ridículo decir que, por ejemplo, después de la guerra actual, si termina por un agotamiento extremo de los países beligerantes, “no puede” haber “ninguna” guerra nacional, progresista, revolucionaria, por parte de China, pongamos por caso, en unión de la India, Persia, Siam, etc., contra las grandes potencias.

83

Negar toda posibilidad de guerras nacionales bajo el imperialismo es teóricamente falso, erróneo a todas luces desde el punto de vista histórico y equivalente en la práctica al chovinismo europeo: inosotros, que pertenecemos a naciones que oprimen a centenares de millones de personas en Europa, en África, en Asia, etc., tenemos que decir a los pueblos oprimidos que su guerra contra “nuestras” naciones es “imposible”!

En segundo lugar, las guerras civiles también son guerras. Quien admita la lucha de clases no puede menos de admitir las guerras civiles, que en toda sociedad clasista representan la continuación, el desarrollo y el recrudecimiento —naturales y en determinadas circunstancias inevitables— de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renunciar a la revolución socialista.

En tercer lugar, el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. De otro modo no puede ser bajo el régimen de la producción mercantil. De aquí la conclusión irrefutable de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en *todos* los países. Empezará triunfando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto habrá de provocar no sólo rozamientos, sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar de la burguesía a los otros pueblos. Engels tenía completa razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, reconocía inequívocamente la posibilidad de “guerras de defensivas” del socialismo *ya triunfante*. Se refería precisamente a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de los demás países.

84

Sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado definitivamente a la burguesía en todo el mundo, y no sólo en un país, serán imposibles las guerras. Y desde un punto de vista científico, sería completamente erróneo y antirrevolucionario pasar por alto o velar lo que tiene precisamente más importancia: el aplastamiento de la resistencia de la burguesía, que es lo más difícil, lo que más lucha exige durante el *paso* al socialismo. Los popes “sociales” y los oportunistas están siempre dispuestos a soñar con un futuro socialismo pacífico, pero

se distinguen de los socialdemócratas revolucionarios precisamente en que no quieren pensar siquiera en la encarnizada lucha de clases y en las *guerras* de clases para alcanzar ese bello porvenir.

No debemos consentir que se nos engañe con palabras. Por ejemplo: a muchos les es odiosa la idea de la “defensa de la patria”, porque los oportunistas y los kautskianos manifiestos encubren y velan con ella las mentiras de la burguesía en la *actual* guerra de rapiña. Esto es un hecho. Pero de él no se deduce que debemos perder la costumbre de meditar en el sentido de las consignas políticas. Aceptar la “defensa de la patria” en la guerra actual equivaldría a considerarla “justa”, adecuada a los intereses del proletariado, y nada más, absolutamente nada más, porque la invasión no está descartada en ninguna guerra. Sería sencillamente una necedad negar la “defensa de la patria” *por parte* de los pueblos oprimidos en su guerra *contra* las grandes potencias imperialistas o por parte del proletariado victorioso en *su* guerra contra cualquier Gallifet³ de un Estado burgués.

En teoría sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política con otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por ello mismo, la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y de las guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de las guerras y de las insurrecciones del proletariado *contra* la burguesía; en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias, etc.

85

II

A lo dicho hay que añadir la siguiente consideración de carácter general.

Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos. Nosotros, si no queremos convertirnos en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases —ya se funde en la esclavitud, en la servidumbre, o, como ahora, en el trabajo asalariado—, la clase opresora está armada. No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia actual —incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, como, por ejemplo, en Suiza— representan el armamento de la burguesía *contra* el proletariado. Esta es una verdad tan elemental, que apenas si hay necesidad de detenerse especialmente en ella. Bastará recordar el empleo de tropas contra los huelguistas en todos los países capitalistas.

El armamento de la burguesía contra el proletariado es uno de los hechos más considerables, fundamentales e importantes de la actual sociedad capitalista. ¡Y ante semejante hecho se propone a los socialdemócratas revolucionarios que planteen la

³ G. A.; A. Galliffet, véase V. I. Lenin, *ob cit.*, "Biografías", tomo complementario 3. (Ed.)

“exigencia” del “desarme”! Esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar de toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para la clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el *desarrollo objetivo* del militarismo capitalista y que es prescrita por este desarrollo. Sólo *después* de haber desarmado a la burguesía podrá el proletariado, sin traicionar su misión histórica universal, convertir en chatarra toda clase de armas en general, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo entonces; de ningún modo antes*.

86

Si la guerra actual sólo despierta en los reaccionarios socialistas cristianos y en los lloricones pequeños burgueses susto y horror, repugnancia hacia todo empleo de las armas, hacia la sangre, la muerte, etc., nosotros, en cambio, debemos decir: la sociedad capitalista ha sido y es siempre un *horror sin fin*. Y si hora la guerra actual, la más reaccionaria de todas las guerras, prepara a esa sociedad un *fin con horror* no tenemos ningún motivo para entregarnos a la desesperación. Y en una época en que, a la vista de todo el mundo, se está preparando por la misma burguesía la única guerra legítima y revolucionaria, a saber: la guerra civil contra la burguesía imperialista, la “exigencia” del desarme, o mejor dicho, la ilusión del desarme es única y exclusivamente, por su significado objetivo, una prueba de desesperación.

Al que diga que esto es una teoría al margen de la vida, le recordaremos dos hechos de alcance histórico universal: el papel de los trusts y del trabajo de las mujeres en las fábricas, por un lado, y la Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por otro.

La burguesía desarrolla los trusts, obliga a los niños y a las mujeres a ir a las fábricas, donde los tortura, los pervierte y los condena a la extrema miseria. Nosotros no “exigimos” semejante desarrollo, no lo “apoyamos”, luchamos contra él. Pero ¿cómo luchamos? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas son progresivos. No queremos volver atrás, a los oficios artesanos, al capitalismo premonopolista, al trabajo doméstico de la mujer. ¡Adelante, a través de los trusts, etc., y más allá, hacia el socialismo!

Este razonamiento, con las correspondientes modificaciones, es también aplicable a la actual militarización del pueblo. Hoy, la burguesía imperialista militariza no sólo a todo el pueblo, sino también a la juventud. Mañana tal vez empiece a militarizar a las mujeres. Nosotros debemos decir ante esto: ¡tanto mejor! ¡Adelante, rápidamente! Cuanto más rápidamente tanto más cerca se estará de la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo pueden los socialdemócratas dejarse intimidar por la militarización de la juventud, etc., si no olvidan el ejemplo de la Comuna? Eso no es una “teoría al margen de la vida”, no es un sueño, sino un hecho. Y sería en verdad malísimo que los socialdemócratas, pese a todos los hechos económicos y políticos, comenzaran a dudar de que la época imperialista y las guerras imperialistas deben conducir inevitablemente a la repetición de tales hechos.

87

Cierto observador burgués de la Comuna escribía en mayo de 1871 en un periódico inglés: “¡Si en la nación francesa no hubiera más que mujeres, qué nación más horrible sería!” Mujeres y niños de trece años en adelante lucharon en los días de la Comuna al lado de los hombres. Y no podrá suceder de otro modo en las futuras

batallas por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres proletarias no contemplarán pasivamente cómo la burguesía, bien armada, fusila a los obreros, mal armados o inermes.

Tomarán las armas, como en 1871, y de las asustadas naciones de ahora, o mejor dicho, del actual movimiento obrero, desorganizado más por los oportunistas que por los gobiernos, surgirá indudablemente, tarde o temprano, pero de un modo absolutamente indudable, la unión internacional de las “horribles naciones” del proletariado revolucionario.

La militarización penetra ahora toda la vida social. El imperialismo es una lucha encarnizada de las grandes potencias por el reparto y la redistribución del mundo, y por ello tiene que conducir inevitablemente a un reforzamiento de la militarización en todos los países, incluso en los neutrales y pequeños. ¿Qué harán frente a esto las mujeres proletarias? ¿Limitarse a maldecir toda guerra y todo lo militar, limitarse a exigir el desarme? Nunca se conformarán con el papel tan vergonzoso las mujeres de una clase oprimida que sea verdaderamente revolucionaria. Les dirán a sus hijos: “Pronto serás grande. Te darán un fusil. Tómalo y aprende bien a manejar las armas. Es una ciencia imprescindible para los proletarios, y no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como sucede en la guerra actual y como te aconsejan que lo hagas los traidores al socialismo, sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, para poner fin a la explotación, a la miseria y a las guerras, no con buenos deseos, sino venciendo a la burguesía y desarmándola”.

De renunciar a esta propaganda, precisamente a esta propaganda, en relación con la guerra actual, mejor es no decir más palabras solemnes sobre la socialdemocracia revolucionaria internacional, sobre la revolución socialista sobre la guerra contra la guerra.

88

III

Los partidarios del desarme se pronuncian contra el punto del programa referente al “armamento del pueblo”, entre otras razones porque, según dicen, esta reivindicación conduce más fácilmente a las concesiones al oportunismo. Hemos examinado más arriba lo más importante: la relación entre el desarme, de un lado, y la lucha de clases y la revolución social, de otro. Veamos ahora qué relación guarda la exigencia del desarme con el oportunismo. Una de las razones más importantes de que esta exigencia sea inadmisibles consiste precisamente en que ella y las ilusiones a que da origen debilitan y enervan inevitablemente nuestra lucha contra el oportunismo.

No cabe duda de que esta lucha es el principal problema inmediato de la Internacional. Una lucha contra el imperialismo que no esté indisolublemente ligada a la lucha contra el oportunismo es una frase vacía o un engaño. Uno de los principales defectos de Zimmerwald y de Kienthal⁴, una de las principales causas del

⁴ La Conferencia de Zimmerwald o Primera Conferencia Socialista Internacional se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915. Asistieron 38 delegados socialistas de 11 países europeos: Alemania, Francia, Italia, Rusia, Polonia, Rumania, Bulgaria, Suecia, Noruega, Holanda y Suiza. Lenin presidió la delegación del CC del POSDR.

posible fracaso de estos gérmenes de la III Internacional, consiste precisamente en que ni siquiera se ha planteado abiertamente el problema de la lucha contra el oportunismo, sin hablar ya de una solución de este problema que señale la necesidad de romper con los oportunistas.

El oportunismo ha triunfado, temporalmente, en el seno del movimiento obrero europeo. En los países más importantes han aparecido dos matices fundamentales del oportunismo: primero, el socialimperialismo declarado, cínico, y por ello menos peligroso, de los Plejánov, los Scheidemann, los Legien, los Alberto Thomas y los Sembat, los Vandervelde, los Hyndman, los Henderson, etc.; segundo, el oportunismo encubierto, kautskiano: Kautsky-Haase y el Grupo Socialdemócrata del Trabajo⁵, en Alemania; Longuet, Pressemanne, Mayéras, etc., en Francia; Ramsay MacDonald y otros jefes del Partido Laborista Independiente, en Inglaterra⁶; Mártoov, Chjeídze, etc., en Rusia; Treves y otros reformistas llamados de izquierda en Italia.

89

El oportunismo declarado está directa y abiertamente contra la revolución y contra los movimientos y explosiones revolucionarios que se están iniciando, y ha establecido una alianza directa con los gobiernos, por muy diversas que sean las formas de esta alianza, desde la participación en los ministerios hasta la participación en los comités de la industria de guerra (en Rusia⁷). Los oportunistas encubiertos, los kautskianos, son mucho más nocivos y peligrosos para el movimiento obrero, porque la defensa que hacen de la alianza con los primeros la encubren con palabrejas igualmente "marxistas" y consignas pacifistas que suenan plausiblemente. La lucha

La conferencia aprobó el manifiesto *A los proletarios de Europa*, redactado por una comisión, en el que, gracias a la insistencia de Lenin y de los socialdemócratas de izquierda, se logró incluir varias tesis fundamentales del marxismo revolucionario. Además, la conferencia aprobó una declaración común de las delegaciones alemana y francesa y una resolución de simpatía con las víctimas de la guerra y con los perseguidos por actividades políticas. Eligió también la Comisión Socialista Internacional.

En la conferencia se formó el grupo de izquierda de Zimmerwald (véase la nota 15). *La Segunda Conferencia Socialista Internacional* se celebró en Kienthal (Suiza), del 24 al 30 de abril de 1916. Asistieron 43 delegados socialistas de 10 países: Rusia, Alemania, Francia, Suiza, Italia, Polonia, Noruega, Austria, Serbia y Portugal. El CC del POSDR estuvo representado en la conferencia por 3 delegados con Lenin en cabeza.

Lenin, ocupó en la Conferencia de Kienthal posiciones más firmes que en Zimmerwald, lo que reflejaba el cambio de la correlación de fuerzas en el movimiento obrero internacional a favor del internacionalismo.

La conferencia aprobó un manifiesto *¡A los pueblos condenados a la ruina y la muerte!* y resoluciones en las que se criticaba el pacifismo y al Buró Socialista Internacional. Lenin conceptuó los acuerdos de la conferencia como un paso adelante en la cohesión de los internacionalistas para luchar contra la guerra imperialista.

⁵ *Arbeitsgemeinschaft* (Grupo Socialdemócrata del Trabajo, "Liga del Trabajo"): organización de los centristas alemanes fundada en marzo de 1916. Los centristas preconizaban consignas pacifistas, pero en realidad eran aliados de los socialchovinistas y dirigían sus golpes principales contra el grupo La Internacional, que combatía la guerra imperialista. El Grupo Socialdemócrata del Trabajo fue el núcleo fundamental del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, constituido en abril de 1917 y que justificaba a los socialchovinistas declarados y propugnaba el mantenimiento de la unidad con ellos.

⁶ *Partido Laborista Independiente de Inglaterra* (Independent Labour Party): organización reformista fundada en 1893 en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística e intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera inglesa respecto a los partidos burgueses. Lo encabezaban, James Keir Hardie y R. MacDonald. Desde su constitución el PLI ocupó posiciones reformistas burguesas, dedicando la atención fundamental a las formas parlamentarias de lucha y a las componendas parlamentarias con el Partido Liberal.

Al comienzo de la guerra imperialista mundial, el PLI lanzó un manifiesto contra la guerra, mas poco después adoptó una posición socialchovinista.

⁷ *Los comités de la industria de guerra* fueron creados en mayo de 1915 en Rusia por la gran burguesía imperialista para ayudar al zarismo a hacer la guerra. Tratando de someter a los obreros a su influencia y de inculcarles ideas defensistas, la burguesía organizó "grupos obreros" anejos a esos comités para mostrar así que en Rusia se había establecido la "paz social" entre la burguesía y el proletariado. Los bolcheviques declararon el boicot a los comités de la industria de guerra y lo aplicaron eficazmente con el apoyo de la mayoría de los obreros.

contra estas dos formas del oportunismo dominante debe ser desarrollada en *todos* los terrenos de la política proletaria: parlamento, sindicatos, huelgas, esfera militar, etc. La particularidad principal que distingue a estas *dos* formas del oportunismo dominante consiste en que el problema concreto de la *relación entre la guerra actual y la revolución y otros problemas concretos de la revolución* se silencian y se encubren, o se tratan con la mirada puesta en las prohibiciones policíacas. Y eso a pesar de que antes de la guerra se había señalado infinidad de veces, tanto en forma no oficial como con carácter oficial en el Manifiesto de Basilea⁸, la relación que guardaba precisamente esa guerra inminente con la revolución proletaria. Mas el defecto principal de la exigencia del desarme consiste precisamente en que se pasan por alto todos los problemas concretos de la revolución. ¿O es que los partidarios del desarme están a favor de un tipo completamente nuevo de revolución sin armas?

Prosigamos. En modo alguno estamos contra la lucha por las reformas. No queremos desconocer la triste posibilidad de que la humanidad —en el peor de los casos— pase todavía por una segunda guerra imperialista, si la revolución no surge de la guerra actual, a pesar de las numerosas explosiones de efervescencia y descontento de las masas y a pesar de nuestros esfuerzos. Nosotros somos partidarios de un programa de reformas que *también* debe ser dirigido contra los oportunistas. Los oportunistas no harían sino alegrarse en el caso de que les dejásemos por entero la lucha por las reformas y nos eleváramos a las nubes de un vago “desarme”, para huir de una realidad lamentable. El “desarme” es precisamente la huida frente a una realidad detestable, y en modo alguno la lucha contra ella.

90

En semejante programa nosotros diríamos aproximadamente: “La consigna y el reconocimiento de la defensa de la patria en la guerra imperialista de 1914-1916 no sirven más que para corromper el movimiento obrero con mentiras burguesas”. Esa respuesta concreta a cuestiones concretas sería teóricamente más justa, mucho más útil para el proletariado y más insoportable para los oportunistas que la exigencia del desarme y la renuncia a “toda” defensa de la patria. Y podríamos añadir: “La burguesía de todas las grandes potencias imperialistas, de Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia, Italia, el Japón y Estados Unidos, es hoy hasta tal punto reaccionaria y está tan penetrada de la tendencia a la dominación mundial, que toda guerra por parte de la *burguesía de estos países* no puede ser más que reaccionaria. El proletariado no sólo debe oponerse a toda guerra de este tipo, sino que debe desear la derrota de “su” gobierno en tales guerras y utilizar esa derrota para una insurrección revolucionaria, sino se logra la insurrección destinada a impedir la guerra”.

En lo que se refiere a la milicia, deberíamos decir no somos partidarios de la milicia burguesa, sino únicamente de una milicia proletaria. Por eso, “ni un céntimo ni un hombre”, no sólo para el ejército regular, sino tampoco para la milicia burguesa, incluso en países como Estados Unidos o Suiza, Noruega, etc. Además, porque en los

⁸ El *Manifiesto de Basilea* sobre la guerra fue aprobado en el Congreso Extraordinario Socialista Internacional, celebrado en Basilea (Suiza) el 24 y 25 de noviembre de 1912. El manifiesto ponía en guardia a los pueblos ante el peligro de la guerra imperialista mundial que se avecinaba, denunciaba los fines rapaces de esta guerra y llamaba a los obreros de todos los países a luchar resueltamente por la paz. En el Manifiesto de Basilea fue incluido un punto de la resolución del Congreso de Stuttgart (1907), formulado por Lenin, en el que se decía que en caso de estallar una guerra imperialista los socialistas debían aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para luchar por la revolución socialista

países republicanos más libres (por ejemplo, en Suiza) observamos una adaptación cada vez mayor de la milicia al modelo prusiano, sobre todo en 1907 y 1911, y que se la prostituye para poder movilizar las tropas contra los huelguistas. Nosotros podemos exigir que los oficiales sean elegidos por el pueblo, que sea abolida toda justicia militar, que los obreros extranjeros tengan los mismos derechos que los obreros del país (punto de especial importancia para los Estados imperialistas que, como Suiza, explotan cada vez en mayor número y cada vez con mayor descaro a obreros extranjeros, sin otorgarles derechos). Y, además, que cada cien habitantes, por ejemplo, de un país tengan derecho a formar asociaciones libres para aprender el arte militar en todos sus detalles, eligiendo libremente instructores retribuidos por el Estado, etc. Sólo en tales condiciones podría el proletariado aprender dicho arte efectivamente *para sí*, y no para sus esclavizadores, y los intereses del proletariado exigen, indiscutiblemente, ese aprendizaje. La revolución rusa ha demostrado que todo éxito, incluso un éxito parcial, del movimiento revolucionario —por ejemplo, la conquista de una ciudad, un poblado fabril, una parte del ejército— *obligará* inevitablemente al proletariado vencedor a poner en práctica precisamente ese programa.

91

Por último, cae de su peso que contra el oportunismo no se puede luchar limitándose a redactar programas, sino tan sólo vigilando sin descanso para que esos programas se pongan en práctica de una manera efectiva. El mayor error, el error fatal de la fracasada II Internacional, consistió en que sus palabras no correspondían con sus hechos, en que se cultivaba la costumbre de recurrir a la hipocresía y a una desvergonzada fraseología revolucionaria (véase la actitud de hoy de Kautsky y Cía. ante el Manifiesto de Basilea). El desarme como idea social —es decir, como idea engendrada por determinado ambiente social, como idea capaz de actuar sobre determinado medio social, y no como simple extravagancia de un individuo— tiene su origen, evidentemente, en las condiciones particulares de vida, “tranquilas” como excepción, de algunos Estados pequeños, que durante un período bastante largo han estado al margen del sangriento camino mundial de las guerras y que confían en que podrán seguir apartados de él. Para convencerse de ello, basta reflexionar, por ejemplo, en los argumentos de los partidarios del desarme en Noruega: “Somos un país pequeño, nuestro ejército es pequeño, nada podemos hacer contra las grandes potencias” (y por ello nada pueden hacer tampoco si se les impone por la fuerza una *alianza* imperialista con uno u otro grupo de grandes potencias)... “queremos seguir en paz en nuestro apartado rinconcito y proseguir nuestra política pueblerina, exigir el desarme, tribunales de arbitraje obligatorios, una neutralidad permanente, etc.” (¿“permanente”, como la de Bélgica?).

La mezquina aspiración de los pequeños Estados a quedarse al margen, el deseo pequeñoburgués de estar lo más lejos posible de las grandes batallas de la historia mundial, de aprovechar su situación relativamente monopólica para seguir en una pasividad rutinaria, tal es el ambiente social *objetivo* que puede asegurar cierto éxito y cierta difusión a la idea del desarme en algunos pequeños Estados. Claro que semejante aspiración es reaccionaria y descansa sólo en ilusiones, pues el imperialismo, de uno u otro modo, arrastra a los pequeños Estados a la vorágine de la economía mundial y de la política mundial.

92

La situación de Suiza, por ejemplo, su ambiente imperialista le prescribe objetivamente *dos* líneas del movimiento obrero: los oportunistas, en alianza con la burguesía, aspiran a hacer de Suiza una federación republicano-democrática que monopolice las ganancias del turismo burgués de las naciones imperialistas y a aprovechar del modo más lucrativo y más tranquilo posible esta “tranquila” situación monopólica.

Los verdaderos socialdemócratas de Suiza aspiran a utilizar la relativa libertad del país y su situación “internacional” para ayudar a la estrecha alianza de los elementos revolucionarios de los partidos obreros europeos a alcanzar la victoria. En Suiza no se habla, gracias a Dios, un idioma “propio”, sino tres idiomas universales, los tres, precisamente, que se hablan en los países beligerantes que limitan con ella.

Si los 20.000 miembros del partido suizo contribuyeran semanalmente con dos céntimos como “impuesto extraordinario de guerra”, obtendríamos al año 20.000 francos, cantidad más que suficiente para imprimir periódicamente y difundir en tres idiomas, entre los obreros y soldados de los países beligerantes, a pesar de las prohibiciones de los Altos Estados Mayores todo cuanto diga la verdad sobre la indignación que comienza a cundir entre los obreros, sobre su confraternización en las trincheras, sobre sus esperanzas de utilizar revolucionariamente las armas contra la burguesía imperialista de sus “propios” países, etc.

Nada de esto es nuevo. Precisamente es lo que hacen los mejores periódicos, como *La Sentinelle*, *Volksrecht*⁹ y *Berner Tagwacht*, pero, por desgracia, en medida insuficiente. Sólo semejante actividad puede hacer de la magnífica resolución del Congreso del partido en Aarau¹⁰ algo más que una mera resolución magnífica.

93

La cuestión que ahora nos interesa se plantea en la forma siguiente: ¿corresponde la exigencia del desarme a la tendencia revolucionaria entre los socialdemócratas suizos? Es evidente que no. El “desarme” es, objetivamente, el programa más nacional, específicamente nacional, de los pequeños Estados, pero en manera alguna el programa internacional de la socialdemocracia revolucionaria internacional.

Escrito en alemán en septiembre de 1916.

Publicado por vez primera entre

⁹ “*La Sentinelle*” (“El Centinela”): portavoz de la organización socialdemócrata del cantón de Neuchatel (Suiza), fundado en Chaux de Fonds en 1890. De 1906 a 1910 no se publicó. En los años de la guerra imperialista (1914-1918) el periódico ocupó una posición internacionalista. “*Volksrecht*” (“El Derecho del Pueblo”): diario órgano del Partido Socialdemócrata Suizo. Se publica en Zúrich desde 1898. En los años de la guerra imperialista mundial de 1914-1918 publicó artículos de los zimmerwaldianos de izquierda

¹⁰ Lenin se refiere al *Congreso del Partido Socialdemócrata Suizo*, celebrado en Aarau el 20 y 21 de noviembre de 1915. El punto central del orden del día del congreso fue la cuestión de la actitud de la socialdemocracia suiza ante la unión de Zimmerwald de los internacionalistas; en torno a este punto se entabló la lucha de las tres tendencias de la socialdemocracia suiza: los antizimmerwaldianos, los partidarios de la derecha de Zimmerwald y los partidarios de la izquierda de Zimmerwald. R. Grimm presentó una resolución en la que se proponía al Partido Socialdemócrata Suizo que se adhiriese a la unión de Zimmerwald y que aprobase la línea política de los zimmerwaldianos de derecha. Los socialdemócratas suizos de izquierda, en nombre de la sección de Lausana, presentaron una enmienda a la resolución de Grimm por la que se reconocía la necesidad de desplegar la lucha revolucionaria de masas contra la guerra y se declaraba que sólo la revolución victoriosa del proletariado podría poner fin a la guerra imperialista. Bajo la presión de Grimm la enmienda de la sección de Lausana fue retirada, pero la presentó de nuevo el bolchevique M. Jaritónov, que representaba en el congreso con voz y voto a una de las organizaciones socialdemócratas suizas. Por consideraciones tácticas, Grimm y sus partidarios no tuvieron más remedio que apoyar la enmienda. El congreso aprobó por mayoría de votos la enmienda propuesta por los de izquierda.

*septiembre y octubre de 1917
en los núms. 9 y 10 del periódico
"Jugend-Intenationale".
En ruso se publicó por vez primera
en 1929 en el t. XIX de las ediciones 2 y 3,
de las "Obras" de V. I. Lenin.
T. 30, págs. 131-143.*



V. I. Lenin

El programa militar de la revolución proletaria

Ediciones ★
Octubre
Partido Comunista de España (marxista-leninista)